

París: LA EXTRAÑA HUELGA DE RELOJES "LIP"

Los obreros han ocupado la fábrica y venden los cronómetros sin intermediarios

¿La moda? La moda ahora entre el progresismo francés es lucir sobre la muñeca un reloj marca «Lip»; y lucirlo, además, de manera ostentosa, impúdica, casi insultante, como si de un distintivo definitivo, que imprime carácter, se tratara. Y sin embargo, ninguna enfermedad vocación de puntualidad se ha instaurado recientemente entre la izquierda del país; ninguna imitación se ha producido entre los fabricantes de relojes y el progreso común.

No, no son éstas las causas que han motivado la carrera, entre las gentes que se precian de ser de izquierdas, hacia la obtención de su «Lip». No; tampoco lo que hace correr el progresismo del país tiene su origen en ninguna de las razones que por regla general determinan una moda. Aunque, cierto, de una moda se trata, pero de una moda sin pies ni cabeza. Ya que en su origen todos los valores, del primero al último, han sido invertidos, trastocados.

Unas semanas atrás

Para que comprendan las posibilidades subversivas de una moda, de una moda tan ingenua como lucir sobre la muñeca un «Lip», debemos remontarnos a unas semanas atrás, concretamente a mediados de junio, cuando los obreros de una fábrica de relojes de Besançon —la fábrica Lip— deciden secuestrar a los directores de la empresa, después de unos días de huelga. La pronta intervención de los C.R.S. logrará liberar a los dos directivos «detenidos» por los trabajadores, pero no conseguirá evitar que éstos ocupen la empresa, amparándose de todo el material que en ella se halla almacenado. Este conflicto laboral, nacido de un expediente de crisis no concretizado, se encuentra a partir de este momento en una situación crítica: una vez realizada la huelga, una vez secuestrados los patrones, una vez ocupada la empresa ¿qué hacer? De pronto la clásica voz anónima y anodina propone la idea genial: ¿por qué no reemprender el trabajo y vender nosotros mismos el producto elaborado, es decir, los famosos relojes «Lip»? Dicho y hecho. Los trabajadores vuelven a la cadena y con el material almacenado en la empresa cumplen ellos solos el ciclo producción-comercialización. Los relojes, muy pronto, empiezan a venderse como el agua. Al saltarse los intermediarios —es decir, el ramo de los joyeros-relojeros—, los relojes expedidos directamente por la fábrica resultan a casi la mitad de precio de su tarifa habitual.

Huelga con ganancias

Y precisamente de este perdido prestigio arranca todo el conflicto y la posterior moda, conflicto que rebasa en mucho su propia anécdota, para convertirse en un verdadero asunto nacional, ante el que todo el mundo empieza a pasmararse. Y no es para menos, ya que, para empezar, hasta el presente, las huelgas obreras podían comportar a la larga beneficios si se conseguían las reivindicaciones reclamadas, pero nunca producían ganancias inmediatas, como en este caso. Los obreros de Lip en huelga «teórica» no han tenido por ahora que echar mano a las siempre menguadas cajas de resistencia sindicales. La excelente venta de sus relojes les ha embarcado en la primera huelga económicamente venerada de la historia. Pero no es esta la única, sorprendente novedad. Hasta hoy, era

una constante invariable del movimiento obrero que los «huelguistas» no trabajaran, mientras los «esquiroleros» se curaban sobre las herramientas voluntariosamente. Pues bien. En Lip sucede todo lo contrario. Los «huelguistas» son los que cada mañana, a las siete en punto, el sueño aún en los ojos, entran en la empresa para trabajar, mientras los «esquiroleros» permanecen inactivos en sus casas. Paradoja de la vida, que en este caso sigue sin ser la única, y de ahí la moda, de ahí los millares de relojes que el progresismo local empieza a lucir sobre sus muñecas. Sin ir más lejos, y entre paréntesis, dos mil de estos aparatitos, según parece de gran precisión, se vendieron en el pasado congreso del Partido Socialista que tuvo lugar en Grenoble, entre el regocijo general.

Y así están las cosas. Besançon, tierra de Proudhons y Fouriers se halla en trance, en estos momentos, de revolucionar más de una situación hasta ahora estable, ya que, se pregunta más de uno, ¿qué sucederá si el ejemplo cunde? ¿qué sucederá en la próxima huelga de Renault si los trabajadores, siguiendo el ejemplo de Lip, se amparan de la empresa y empiezan a vender directamente los coches por ellos producidos a mitad de precio? Misterio.

El Napoleón de la relojería

En efecto, la historia de Lip es una historia peculiar. Para empezar debemos remontarnos a su penúltimo propietario el señor Alfred Lippman, (hijo del relojero Emmanuel Lippman, que en 1867, fundó la empresa) más conocido como Fred Lip, aunque en algunos sectores también se le llamara el «Napoleón de la relojería», por su carácter extraño y contradictorio que le obliga a efectuar en la vida real tan imaginarias como retar a duelo —con sable, generalmente— a los representantes sindicales, conceder graciosamente ventajas laborales que los trabajadores nunca habían pedido, hacerse retratar disfrazado de personaje del Renacimiento, seguir los consejos de administración escondido debajo de la mesa, recibir a los directores de la fábrica desde arriba de un armario al tiempo que les arengaba con palabras de este estilo: «Desde lo alto de esta pirámide, puedo decirles que son todos ustedes unos asnos, que no tengo ninguna necesidad de ustedes y que ya pueden empezar a largarse». El carácter

genialoide de Fred Lip podía funcionar en una época de capitalismo deslabazado, pero cuando la máquina de la concentración acelerada y la competencia internacional empezó a funcionar de verdad Lip hubo de reconocer su fracaso, vendiendo —esto sucedía en 1971— sus acciones al trust suizo Ebauche S.A., el cual colocó al frente de la empresa, como director, al señor Jacques Saintespirit. Pero los nuevos propietarios tenían ideas muy distintas a las del señor Lip sobre la rentabilidad de una empresa capitalista moderna. Para empezar, la diversificación que había efectuado el anterior propietario —la Lip no sólo fabricaba relojes, sino también material de precisión y militar— se consideró que, por deficitaria, debía ser suprimida.

En fin, los nuevos propietarios según parece, lo único que pensaban obtener de la compra era la posesión de un título de prestigio —el nombre Lip— y el mercado que le ofrecía una importante red de comercialización. Y poca cosa más. No es difícil deducir que todo esto conduce a un único desenlace: la reducción de la plantilla de la empresa. Es decir, al despido de un buen número de trabajadores. Y así el pasado 17 de abril el nuevo P.D.G. nombrado por los suizos, el señor Saintespirit, dimite. Su lugar es ocupado por dos administradores provisionales, uno de los cuales, el señor Duffay, es conocido por su habilidad en organizar expedientes de crisis. En este momento, los trabajadores, que desde hacía tiempo no entendían muy bien lo que sucedía, empiezan a temer muy seriamente por el futuro. Y así se inicia la huelga que desembocará en la situación actual, situación que, por otra parte, y dados los precedentes, recibe el apoyo de todas partes. El alcalde de Besançon, socialista, junto con el obispo de la ciudad, se ponen decididamente al lado de esos extraños huelguistas que no paran de trabajar. Desde la extrema derecha a la extrema izquierda, todo el mundo habla sobre el asunto, casi siempre de manera favorable. El actual presidente de la Asamblea Nacional, el ladino señor Edgar Faure —no en balde soportó sin pestañear el paso de la IV.ª a la V.ª República— se entrevista con los huelguistas y les asegura que su decisión es justa. ¿Justa? Según las leyes francesas casi ninguna de las decisiones tomadas por la asamblea general de trabajadores de Lip queda dentro de la ley. Pero para Faure la decisión es justa, y ante aquellos que acusan a los trabajadores de ladrones —al fin y al cabo los propietarios de la fábrica y de los stocks son los suizos, según la legislación vigente— les responde: «No considero que la venta de relojes «Lip» sea un robo, porque para que haya robo debe existir intención de aprovecharse de los bienes de otra persona para el propio provecho. Y éste no es el caso».

El reloj de la izquierda

De la derecha a la izquierda, en consecuencia, todo el mundo habla



El primer cartel de Lip, que vuelven a utilizar los curiosos «huelguistas»

de Lip y sus relojes, aunque la moda, lo que se dice la moda de colgarse de la muñeca, sólo se ha extendido como reguero de pólvora entre la gente de izquierdas, sobre todo entre todos aquellos que profesan la extraña e inaprensible fe de la autogestión. Ya que, —y no podía ser de otra manera— en un momento en que esta palabra mágica y sin sentido ninguno ha venido a empobrecer el lenguaje de ciertos sectores de la izquierda local, el caso de Lip viene como caído del cielo. Es la piedra filosofal. ¿La autogestión? «Ahí está la autogestión», vienen a decir los más optimistas. Otros más cautos prefieren matizar: «he aquí algo que se parece a la autogestión, aunque no lo sea plenamente; ésta sólo será posible en el interior de un régimen de tipo socialista». Y aunque el delegado sindical de la Lip, señor Charles Piaget, haya declarado con enorme lucidez: «Nadie puede crear una isla de verdor en medio de una zona polvorienta. Lo que aquí hacemos no es la autogestión sino la

autodefensa», lo cierto es que los sucesos de la Lip están dando alas a más de un teórico mal acostumbrado a pasear entre las nubes, ante la dificultad de hacerlo por el suelo cotidiano. Caso que no es exactamente el de los trabajadores de la Lip, los cuales, por ahora y gracias a una inteligente campaña propagandística —en el «Tour», por ejemplo, hoy un coche de los trabajadores equipado con altavoz y ciclostil—, están consiguiendo sus buenos

Primera victoria, pequeña victoria. Pero los trabajadores de la Lip han conseguido poner cabeza a bajo más de un principio sacrosanto, entre ellos el más sagrado de todos, que es el de la propiedad. Y nada se ha roto. Todo sigue igual. Es decir, los relojes, los magníficos relojes «Lip», siguen marcando exactamente la hora, la «tour» Eiffel permanece en el mismo lugar y una nueva moda distrae al país. Pese a lo que sucede en Besançon, nada nuevo en el horizonte.

P. PORTES.

BOLIVIA, EN MARCHA

Argentina, Paraguay, Brasil, Perú y Chile rodean un inmenso terreno lleno de color, lleno de contrastes, lleno de plétóricas riquezas, con una civilización que quedó en el misterio de los tiempos, ese bello terreno es un país de ensueño. Es el eslabón de los países antes indicados bañados los unos por el Pacífico y los otros por el Atlántico. A Bolivia sin embargo no le llega ni la brisa del Pacífico ni la del Atlántico. De todos modos Bolivia espera que se le comprenda mejor, es más aún, ya se la va comprendiendo y espera segura que un día no tan lejano la comprensión vendrá y el mar llegará a este país mediterráneo. Bolivia, de unos años a esta parte se muestra muy activa, llena de esperanza y sana inquietud. Bolivia quiere salir por sí sola, sin tutela alguna, quiere salir de ese anquilosamiento. Con un muy bien sentido explota sus riquezas, ya formando industrias ya exportando algunos productos.

Para ello lleva comisiones técnicas, maquinaria u otros utensilios para el trabajo. Firma acuerdos, convenios con sus vecinos y con países muy lejanos según convenga para su desarrollo, independiente del grupo andino, que por cierto recién ha quedado constituida una comisión mixta hispano-andina. Como en casi todas las naciones sudamericanas, Bolivia sale de ese sistema de aislamiento político y económico en que estaba postrada y que no hacía más que perjudicarla. Uno de los problemas fue su topografía, pues la construcción de carreteras y ferrocarriles era muy gravoso al ser tan empinadamente irregular su terreno.